



VILLAS DE ENSUEÑO

SANTILLANA DEL MAR

A mi hermano fray Ricardo.

Paisaje e ideas.

Diciembre 8.—Como ondulaciones que reflejasen a su vecino y compañero el mar, deslízanse suavemente de pequeñas colinas, amplias praderas que por doquier se extienden. Abre la campiña cara al cielo su masa ondulante y sobre ella caminamos, sin que tierras más altas nos dominen con su hechizo y nos atraigan ofreciéndonos más altura, más pureza, mejor disposición para admirar el cielo y contemplarlo en un vasto espacio.

Una de estas olas terrestres sustenta a Santillana. Ahí vive tranquila durante tantos siglos, como si nada del mundo le preocupase, mostrándonos, en muchos de sus detalles, cuán inútiles y vacíos han sido los mil y mil pensamientos y resoluciones, la infinidad de intrigas y luchas que el hombre ha llevado a cabo para dar cabida a una fórmula y conseguir perpetuarla; cuán equivocados se encuentran quienes esperan hallar la escondida piedra filosofal de la felicidad, la ansiada solución de las luchas y desgracias de este mundo en las teorías y ensayos de tantos *sabios*..... (hoy tan en moda), que se olvidan que son de carne y hueso como todos los mortales y desdeñan y aborrecen a su Creador.

Santillana es un buen ejemplo para demostración de teorías, causas y observaciones que quedaron nulas con el tiempo, y quienes pretendan aprovechar sus enseñanzas y la visiten y curioseen con el corazón abierto y libre el espíritu de estúpidos prejuicios modernos, sacarán mucho fruto de ella.

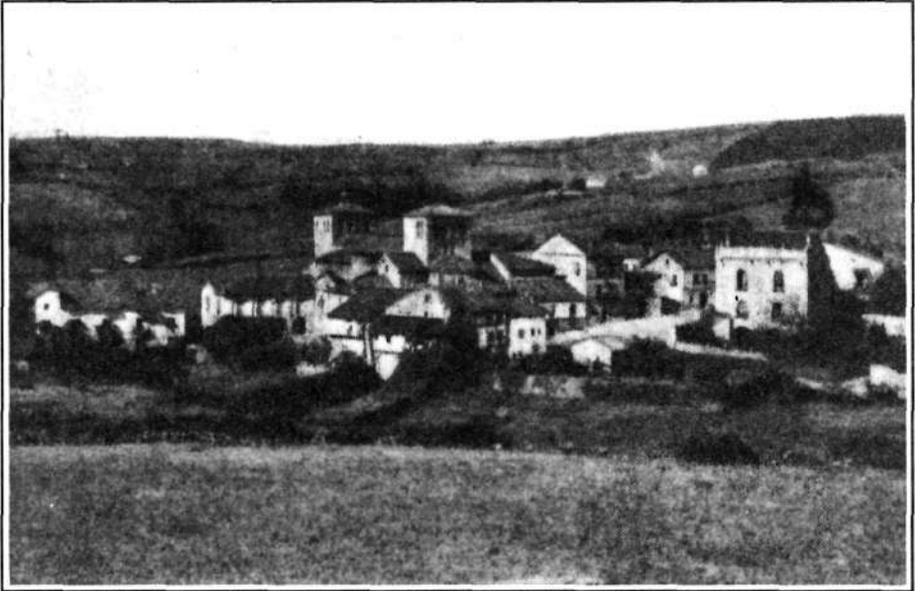
La villa.

Heme apeado del vehículo. A mi derecha, los grises muros del Convento de Religiosas Clarisas, me reciben con su cortés saludo henchido de serenidad. Este gris

conjunto que tan impasible ha permanecido desde su fundación por Alonso Velarde en el siglo xvi, sigue sonriendo a los años como sus vecinas compañeras las praderas y sus amigos los robles y castaños de Revolgo.

Regina Coeli, que así se llama el convento, con los años ha adquirido tal firmeza, que se ha transformado en una cosa natural, y no se diría que los hombres han levantado sus muros. *Regina Coeli* es la guardadora de las puertas de Santillana, y a ella dedico mi primera atención.

Entro en la calle de Santo Domingo, voy por la de Juan Infante, paso por la del Cantón, camino por la Plaza, llego a la Colegiata y vuelvo a recorrer el pueblo.



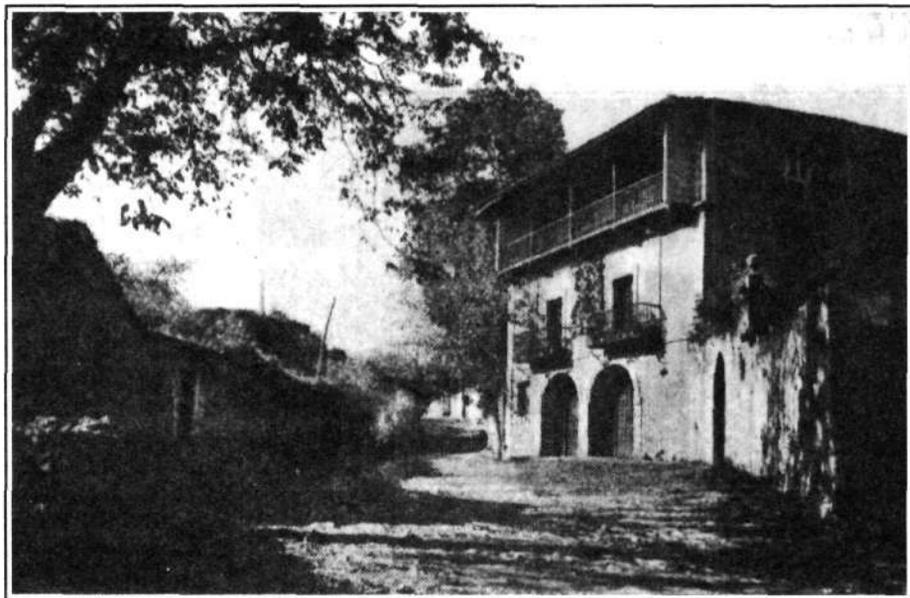
Vista parcial de Santillana del Mar.

Las calles tienen un empedrado tosco que se inclina a uno y otro lado, y que forma el alfombrado de estas edificaciones de pura línea medioeval, clásica y severa. Casonas que recuerdan tiempos de más fragor y vida, y que ahora se hallan de lleno entregadas al olvido, esperando a que una mala humedad, la traidora piqueta de algún vulgar innovador o el abandono de sus amos las olviden para ir poco a poco deshaciéndose y desmoronándose, yendo a parar, a veces, a formar parte de otras construcciones modernas.

Hace mucho frío, y como son las primeras horas de la tarde de día festivo, la gente parece no haber salido de sus hogares. Así estos edificios poseen el encanto de la soledad y se hallan abandonados a su melancólico reposo; y los bellos palacios y torres de Barreda, de Villa, de «Bustamante», de Estrada, del Marqués de Santillana y Comillas, de «Gil Blas», de Velarde, de Cossío, de Peredo, el Ayuntamiento, etc., muestran más gracia, más encanto, y se pueden contemplar más detenidamente.

En este olvido y reposo absoluto saboréanse mejor esas fachadas de limpias líneas, de las que destacan los aleros voladizos, las ventanas con la clásica reja, los arcos apuntados y de medio punto y los escudos, que aún pretenden erguirse para mostrarnos su linajuda nobleza.

¡Calles tranquilas que tantas luchas, dolores, alegrías, amores y secretos guardáis! ¡Calles que recuerdan a Gil Blas en sus fantásticas aventuras, a don Íñigo



Casa de Tagle. Siglo XVII.

López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, y a otros esforzados caballeros y héroes de gran celebridad!

La Colegiata.

El armonium acompaña a un buen grupo de mozas en sus cantos a la Virgen: es la fiesta que las Hijas de María celebran para honrar a su patrona la Inmaculada Concepción. Voces finas atipladas, voces jóvenes que ayudan a contemplar mejor este histórico templo, resuenan en las piedras de oro de este sagrado lugar como algo ancestral, con sabor de fuera de época, y nos sumen en una paz, recogimiento, embeleso tan tierno, nos traen unos momentos tan puros, que se hacen inolvidables en el corazón de quien ama lo real, lo verdadero.

Parecióme que mi vestimenta alpina atraía en el templo la atención, y decidí volver más tarde para mirar detenidamente en la soledad y el silencio sus magníficos altares, reliquias y su famosísimo claustro.

Salgo al exterior, me detengo en una plazoleta, sentándome a continuación bajo un soportal, donde tomo unos apuntes de la entrada principal. Marcho des-

pués a contemplar el ábside de puro sabor románico. Terminada la función penetro de nuevo en el templo.

Ahora, con este silencio, voy admirando ese magnífico altar mayor con sus bien pintadas tablas flamencas siglo xv, sus altorrelieves de los evangelistas, todo candidez; el afiligranado frontal de plata del altar, barroco puro, y que sustenta detrás a varios apóstoles, sacados con mucha gracia, sobre todo a San Juan, con su cara de niño; el Cristo tan famoso, bella talla policromada del siglo xvii; el sepulcro de Santa Juliana, y otros altares y capiteles interesantes. Me llama la atención la forma de la cúpula del crucero, de una estructura muy desigual. A un lado del crucero se halla la puerta del claustro. Pasemos a él.



El Claustro.

El claustro.

En vez de claustro podríamos llamarle familiarmente claustrito, por lo íntimo y sencillo. Aquí y allá esos ingenuos capiteles que manos toscas de canteros aldeanos trazaron con todo su arte, su mayor fe y esa cándida sensibilidad labriega. Escenas

de la Pasión, de la flora, de la fauna. Gracia decorativa en el rameado, y en esos diablillos que se escapan, que viven; en esos animales de líneas tan bien estilizadas. Gracia románica en todas las escenas y figuras. Estilo el más íntimo y sencillo de cuantos el arte de cincelar la piedra conoce. Frío y humedad en el ambiente por la mala orientación: norte. Un amontonamiento de siglos que nos miran impasibles. Santa Juliana a un lado—bello bajorrelieve—y junto a ella un Salvador, austero, de elegante línea decorativa, como caracterizaba al arte bizantino del siglo ix; tiene un color sanguíneo que le da más elegancia. Para mí es lo mejor que posee el claustro. ¡Claustro de Santillana, relicario del alma cántabra!, ¡qué episodios, qué recuerdos guardan tus seculares piedras tan sagradas!

¡Quién pudiera conocer a fondo tu historia, esa historia tan interesante, tan henchida de emociones, tan sumisa y tan sabia!.....

¿Qué fueron de aquellos tus años de más esplendor, cuando cobijaste a tanto guerrero, tanto aventurero, tanto peregrino santiaguense, tanta nobleza?

¡Duerme, duerme, que no merece la pena de que te asomes al mundo, ni te preocupen los vacíos cerebros de tanto turista que recorre tus ámbitos con sus ojos sin fondo y su corazón seco que no aprecian tus bellezas! ¡Duerme, duerme, que no te comprenden!

El pueblo en día de fiesta.

Llueve con furia cantábrica. Las calles brillan al reflejo de la luz y las almadreñas traen cadencias de la Montaña; todo el mundo las usa: chicos, grandes, hombres y mujeres.

A lo lejos un pianillo tecléa un *shotis* madrileño: debe ser el baile público. Habrá que ir a echar un vistazo. Estoy en la Plaza. Llueve con brío sin igual. Bajo los arcos del Ayuntamiento baila la juventud. Anochece. Suena en el ambiente el marcado compás del *shotis* que deja en seguida paso a un tango, después a un pasodoble, y así los toques siguen sin interrupción. Lo más granado, lo más florido de la juventud santillanense se encuentra aquí: mozas bien encopetadas, mozos bien trajeados para la fiesta.

Creí que sería el único extraño en este recinto, pero veo que muy junto a mí hay otro grupo que capitanea el pintor Solana y que, como yo, ha venido a Santillana a admirar sus bellezas. Sigue la música y sigue lloviendo, y como no es cosa de pasar más tiempo mirando a lo bobo, voy a un mesón, donde meriendo un poco. Estoy esperando que escampe algo para subir a las cuevas; tengo impaciencia por verlas. Ha anochecido.

LAS MARAVILLAS DE ALTAMIRA

De la villa a la altura.

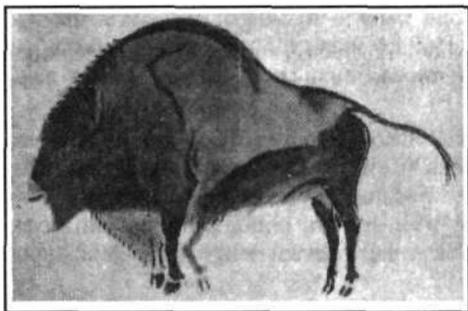
Al escampar un poco y buscar una posada donde he de pasar la noche, marché entre tinieblas a las Cuevas de Altamira. Ahora, en la oscuridad, forman nubes de misterios estas calles santillanenses; este olvido y el nostálgico recuerdo de sus épocas de mayor esplendor, la humedad de su empedrado suelo y alguna que otra luz en ventanas y portaladas, dan al cuadro de vista la verdadera sensación de una nerviosa aguafuerte. Como que creo que esta villa más se ha hecho para admirarla de noche, a la luz de la luna, por ejemplo, que a la fuerte claridad del día. De noche se la encuentra más misteriosa, más de la Edad Media; tienen sombras raras sus aleros voladizos, suenan los goznes de las puertas con más sorpresa y las cuestas, recodos y ese alargamiento de algunas calles, la hacen un pueblo de duendes, una ciudad de gnomos.

Para llegar a las cuevas es necesario caminar unos dos kilómetros, y durante ellos ir subiendo un valle hasta llegar a un pequeño altozano. Voy caminando por la encharcada carretera, que no despidе brillos, que está mate por no tener reflejos; pues el firmamento no ha querido mostrarnos esta noche su bello estuche de pedrería, sus piedras preciosas con esos destellos que resaltan del fondo aterciopelado de azul fuerte. Con este misterioso ambiente de sombras y oquedades que quedan allá a un lado en el fondo de un ondulante valle, mi camino va tomando más y más altura, hasta que pasando unos eucaliptus que sesgan al aire, llego a la llamada casa del guarda.

Como era de suponer, se sorprendieron marido y mujer al verme a aquellas horas por aquellos lugares, y pasada la primera impresión, después de haber visto el museo que está instalado en la planta baja de la casa (museo muy curioso y limpio y con buen número de cosas raras halladas en las excavaciones), vamos con un farol a contemplar las famosas obras de los trogloditas.

La cueva vieja.

Un vaho templado que nos atrae, como hogar confortable, es el primer apretón de manos de esta famosísima cueva. Entramos en el trozo de las pinturas rupestres. ¿Pinturas rupestres? ¿Qué veo? Un bisonte lleno de vida va a dar una embestida; un jabalí muy desconfiado y huraño nos mira con recelo, aquel otro bisonte

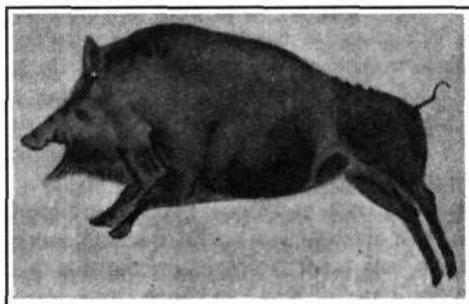


Altamira: Bisonte.

contempla sereno el paisaje, éste se desespera, el de más allá reposa tranquilo de su jornada del día. Una cierva inquieta husmea un pacífico paraje. ¡Qué buen lomo tiene este caballo! ¡qué hierba tan sabrosa y fina ha debido de pastar! ¿Y aquel bisonte que se rasca? Aquí y allí pequeños bocetos para tan maravillosas obras. Me hallo absorto, perplejo, dudando y desconfiando de la piedra que me dice que estos flamantes animales se hallan pintados. ¿Pintados? ¡Con vida! se podía decir mejor. ¿Esas actitudes, esos gestos, esas miradas, no son toda una

realidad? ¿No viven estos bichos? ¿No se les oye su respiración rítmica como descansando de la jornada del día? Sí, viven y nos miran; y respiran y se desesperan; y descansan y están gordos; y siguen satisfechos su vida pensando que mañana, en cuanto amanezca, de nuevo les espera la pradera, de nuevo correrán por esos campos, de nuevo otearán el paisaje, y se hartarán de comer esa hierba fina, coquetona, elegante de las praderas montañosas.

¿Quién iba a creer que después de veinte mil años de experiencias, después de las diversas manifestaciones artísticas que durante tantos siglos han entretenido a los hombres, llevándoles a probar a todas las fuentes, gustando de todos los procedimientos, dando mil y mil vueltas a un asunto, quién iba a creer, pienso, que vendríamos a admirar a este hermano que desapareció corporalmente, pero que dejó su espíritu tan fuertemente grabado que, a pesar de tantos siglos, después de tantas luchas, después de tantas ideas, de tantos inventos, sigue, perdura y es una gran lumbrera. ¡Oh hermano, que ya sólo Dios sabrá donde quedaron tus restos; desde este tu hogar predilecto, y en la misma postura que tú acaso admiraste tu obra, cara arriba, cara al cielo, yo te admiro, yo te doy mi más cordial enhorabuena. Me has llegado a lo más hondo. Has llevado a mi alma una gran lumbrera, un gran gozo. ¿Cómo hiciste esto? ¿Qué te propusiste con tu obra? Bien me supongo yo: tú eras un artista, tú tenías un alma refinadísima y llena de vibraciones



Altamira: Jabalí.

sentimentales, a pesar de tu vivir mal llamado salvaje, por nosotros tan resabios, y tú no podrías vivir sin el contacto amable de tus brochas y tus conchas repletas de color tan sabiamente preparado por ti. ¿Cómo hicistes esto? ¿Qué cálculos, qué líneas, qué bosquejos previos necesitaste y qué inspiración para robarle a ese bisonte esa viril actitud y a aquel desconfiado jabalí esa mirada tan penetrante y a aquella corza esa timidez?

¡Cuán fuerte debiste de sentir sus bellos gestos, sus movidas posturas, su sabia estilización! «El artista nace y no se hace»; eso me demuestra tu sabia obra de arte; eso me dice tu espíritu, que desde la admirable cueva de Altamira, oculto entre el verdor de una sonriente pradera, mira al mundo serenamente, poniendo su alma tan alta, tan elevada de los materialismos pasados y presentes, que hace pensar en que la felicidad del hombre está en buscar su alma y elevarla a Dios, y sereno, dejar pasar toda la metralla de «inventos y progresos» que la civilización nos trae. ¡Te he comprendido, hermano! ¡Gloria a ti!

Vamos viendo el resto de la cueva, pero es tal la impresión que llevo de las pinturas, que no me llaman la atención las amplias naves que lo componen ni el maravilloso abovedado tan espacioso y sostenido de verdadero milagro, pues su grosor vendrá a medir escasamente unos seis metros.

La cueva nueva.

Pasamos a la otra gruta: la nueva, llamada así por su reciente descubrimiento. Tiene una combinación de luces tan bien estudiada, que las estalactitas y estalagmitas adquieren un raro encanto, muy de decoración fantástica, muy de vivienda de princesa encantada, que necesitase de la graciosa forma del conjunto para inspirar su fantasía exuberante, original y romántica.

Contrastes para un arabesco exquisito y en los que acaso adormeciese sus pupilas el artista que trazó las bellas figuras de Altamira. ¿Quién sabe, si tal vez, sea él quien, contemplando estas filigranas naturales, murió un día aplastado por un desprendimiento de la bóveda, llena su alma de sublime belleza? (Me viene esta idea al recordar al esqueleto encontrado en esta cueva, casi a la entrada de la misma y único que de persona ha aparecido en las excavaciones hechas en ambos lados.)

Me despido del guía y marcho hacia la villa, satisfecho de la impresión recibida y con el inolvidable acopio de ideas y emociones que he experimentado en mi feliz visita, que difícilmente se borrarán mientras viva.

¡Oh ensoñadora Santillana! ¿Podrá olvidarte quien te haya conocido?

ANDRÉS ESPINOSA.

Invierno de 1928.

